

aquella tarde, —¿qué manera de portarse es esa? ¿Nos deja solas en medio de la calle?

—¡Oh! qué caballero tan cumplido hemos traído, —dijo Paz, cuyo temperamento sanguíneo tenía aquella tarde, sin causa conocida, una irritabilidad inusitada.»

Lázaro retrocedió y moderó el paso.

«Y bien podría usted —añadió la dama, —portarse mejor delante de las personas extrañas. Ni siquiera ha saludado usted á aquellas... gentes (Paz usaba esta denominación general y vaga para designar á todas las personas que por su progenie estaban un escalón más bajo que ella en la jerarquía social.) ¿Qué dirán de nosotras! ¡Ah! Paulita, no puedes andar. Vamós, don Lázaro, dé usted el brazo á mi sobrina. Apóyate en don Lázaro, Paula, que estás muy mala. ¡Ah! Triste cosa es llevar por acompañante á un caballero como éste.»

El aragonés balbució algunas excusas, y dió el brazo á doña Paulita. Andando, sintió que la devota pesaba en su brazo como si fuera de plomo. Iba muy arrebujaada en su mantón y caminaba con dificultad.

«Va usted muy á prisa,» dijo, pesando más fuertemente en el brazo del joven.

Lázaro moderó el paso.

«Ande usted un poco más,» dijo después, aligerándose de peso, hasta el punto de que él se sintió arrastrado.

Lázaro avivó el paso.

«¡Qué noche tan clara!» exclamó ella deteniéndose y mirando al cielo.

Lázaro se detuvo y miró al cielo. Las otras dos marchaban detrás á alguna distancia.

«Nunca he visto una noche así. Nunca he visto las estrellas brillar de ese modo, ni moverse así... con esa vibración que parece que están hablando.

—¡Hablando! —dijo Lázaro muy sorprendido del similitud de la sarta.

—¿Usted extraña eso? —dijo ella, mirándole con tal fijezaza é intensidad, que el mancebo creyó que dos estrellas habían bajado á esconderse en los ojos de Paulita.

—Sí: ¿no le parece á usted...?

—Señora, yo las veo; pero...

—Pues á mi me parece que las oigo.»

En esto se cayó al suelo, desprendido de las manos de la dama, el manuscrito de Silvestre Entrambasaguas.

«Señora —dijo el joven, inclinándose para recogerlo, —observe usted que se ha caído este sermón.

—Déjelo usted, —exclamó ella con mucha viveza; y ti-

rándole del brazo para impedirle que recogiera el manuscrito, avivó después el paso.

—No hay duda —dijo Lázaro para sí. —Esta mujer tiene mucha fiebre; ya empieza á delirar.»

Y entonces la mujer mística andaba tan á prisa, que bien pronto alcanzaron á las dos ruinas mayores. Mas pronto hubo de moderarse su ímpetu, y tan despacio iba, que tardó mucho para avanzar veinte pasos. Cada vez pesaba más la teóloga en el brazo del estudiante: al llegar á la casa, la enferma no podía ya dar un paso, y Lázaro le rodeó con su brazo la cintura para impedir que cayera. Era imposible subir, porque la dama se inclinaba á uno y otro lado sin poderse tener. En tanto, el joven observaba que tenía demudado el semblante, cerrados los ojos, flojos y caídos los brazos; hizo un esfuerzo heroico, la cogió en sus brazos y la subió. La cabeza de la enferma descansó sobre sus hombros, y Lázaro notó que el contacto de su frente le quemaba el cuello.

«Tiene mucha fiebre,» dijo, depositándola en el pasillo, porque Paz no le permitió que llegara á la alcoba. Entraronla en su cuarto las otras dos, bastante alarmadas con tan repentina desazón; pero pronto volvieron más tranquilas, y se fueron al comedor á cenar un salpicón que habían dejado preparado.

Reinaba en la casa profundo silencio. Lázaro subió la escalera interior para irse á su cuarto; y al subir no pudo menos de detenerse, porque sintió una voz que le hería el corazón. Era la voz de Clara, que preguntaba ó contestaba no sabemos qué cosa á la devota. El joven apresuró el paso para huir de aquella voz que no quería oír más.

CAPÍTULO XXX

Virgo fidelis.

Lázaro no encontró arriba á su tío. Estaba el infeliz mancebo sumamente impresionado por el incidente ocurrido, y no cabía en sí de cólera, de amargura, de sobresalto. Imposible le era tranquilizarse, tanto más, cuanto que tenía siempre ante la imaginación la figura de Clara, de rodillas, con los ojos llenos de lágrimas y los brazos

cruzados. Dábale compasión y después ira, sucediéndose tan atropelladamente estos dos sentimientos, que creyó sentir como una ebullición en el pecho y un vértigo en la cabeza. A los arrebatos del encono sucedía el abatimiento del desengaño, ignorando al mismo tiempo si amaba aún á aquella infeliz ó si la despreciaba.

Pasaron las horas; la noche avanzó, y él continuaba en la agitación. No pensaba acostarse, ni sentía sueño, ni necesidad de reposo; antes al contrario, los impulsos de su naturaleza eran hacia la zozobra, la inquietud, el movimiento. Silencio lúgubre, no interrumpido por ruido alguno, reinaba en la casa. Parecía que todos dormían: él tan sólo velaba sin duda; y saliendo al corredor, donde le causaba algún alivio el aire fresco de la noche, se paseó allí mucho tiempo. Dieron las nueve, las diez, las once. Al fin se detuvo, aturdido por su propio vaivén: apoyóse en el antepecho, y ocultando entre las manos su cabeza, estuvo de este modo un largo rato devorando su agonía. De pronto creyó sentir rumor extraño, alzó la cabeza, y en el fondo del corredor creyó ver una figura humana que avanzaba. El corazón le latió con tal violencia, que creyó que el pecho se le rompía. La forma aquella, que sin duda era de mujer, avanzó, destacándose en la obscuridad. Venía cubierta de una cosa enteramente blanca, que la hacía más fantástica, y el reflejo de la luna parecía despedir de sí cierta luz misteriosa. Cuando estuvo cerca, Lázaro la reconoció: era la devota, cuyo semblante traía las señales del insomnio y la fiebre.

«¡Lázaro! —dijo con voz muy débil y muy conmovida.

—Señora—contestó con mucha sorpresa.—¿Usted aquí á estas horas?... con esa fiebre... ¿No está usted enferma?

—¿Yo?... —murmuró ella con una especie de extravío;

—¿Yo?... no... yo estoy buena. Estoy mejor.

—Creí que estaría usted durmiendo. Le conviene el reposo.

—Yo—contestó ella con una singular entonación que alarmó á Lázaro,—yo... yo no duermo, yo no puedo dormir. Hace muchas noches que no cierro los ojos.

—¿Pues qué tiene usted?—preguntó Lázaro mirándola con mucha atención.—Usted no está buena. Usted es una santa; pero la santidad con exceso es perjudicial, señora.

—Yo no soy santa—dijo la dama:—soy una pecadora.

—No diga usted eso, por Dios. Usted es una santa. ¡qué felicidad! ¡Tener tranquila la conciencial! Dirigir todo su amor al que no engaña, ni es falso, ni desleal: á Dios... Esta es la mayor de las felicidades.

—Hable usted bajo,—dijo la devota.

—Y luego—continuó él,—estar libre de odios, de rencores, de desengaños...

—Más bajo,—indicó la dama, y su voz parecía un suspiro.

—Estar libre de rencores—prosiguió Lázaro en voz muy baja;—jamar sin recelo, sin temor; despreciar el mundo, las traiciones, las asechanzas; hallar regocijo en las persecuciones, y sacar consuelo hasta de las desventuras!... ¡Oh, qué feliz es usted...!

Después de una pausa, la voz de la mujer mística resonó como un eco lejano para decir:

«No, amigo mío: yo no soy feliz; soy muy desgraciada.»

Sólo estando muy cerca de ella, como estaba el sobriño de Coletilla en aquel momento, era posible oír aquellas palabras.

«¡Soy muy desgraciada!—repitió con un rumor débil, sordo, apagado, como esos murmullos de rezo que turban en las horas de tranquilidad el profundo silencio de las catedrales.

—¿Qué mayor consuelo—dijo Lázaro,—que vivir con el espíritu en regiones de paz, donde no hay infamias ni perfidias? Elevarse con exaltación y amor, disfrutar con toda pureza de las dulzuras de una comunicación con Dios, y vivir orando, confiada en el pago de tanto amor, en la gratitud infalible del objeto amado. ¡Oh, qué felicidad!

El joven aragonés tenía tan ocupado el ánimo con sus propias amarguras, que no atendió, con la observación y la curiosidad que el caso exigía, á las raras señales de alteración física y moral que otro menos abstraído hubiera visto en la santa y edificante faz de doña Paulita.

«¡Vivir en la oración!—continuó.—¡Vivir orando con los ojos del alma fijos en el eterno y leal amor! ¡Repetir incesantemente su nombre y sus alabanzas! ¡Eso sí es felicidad!

—No—dijo del mismo modo la mujer perfecta;—yo no rezo, yo no puedo rezar.

—¡Ay!—exclamó él.—Eso lo dice usted porque en su modestia le parece que aún no es bastante perfecta. Si usted conociese la miseria de otros, comprendería á qué inmensa altura se halla sobre los demás.»

La devota bajó los ojos, y con grande melancolía y tierna voz dijo:

«¿Y qué miseria hay mayor que la mía?

—Es usted demasiado buena. Todo el mundo sabe muy bien que usted es una santa, una verdadera santa.

—¿Quiere usted que le haga una confesión?—dijo Paula, mirándole como se mira a un confesor.—Pues yo también lo creí; yo también creí que era una santa; pero ya no lo creo.

—¡Ah!—exclamó Lázaro:—yo no necesito que nadie me diga lo que usted es para saberlo. Yo mismo lo he comprendido. Cuando una criatura tan perfecta ha descendido hasta mí para defenderme y disculpar mis faltas, es indudable que no es como los demás. Yo me veía acosado por todas partes, me trataban todos aquí con acritud o menosprecio. Usted sola alzó la voz, y la ha alzado varias veces después en favor mío, para decir que no era yo tan malo como creían. ¿Cree usted que yo he olvidado, que podía olvidar eso? No, señora. Yo seré todo lo que quieran; pero no soy ingrato. Yo tendré siempre grabadas en mi memoria las palabras que usted ha pronunciado en defensa mía. Usted es una santa: yo lo diré a todo el mundo.

—¡Oh!—dijo la devota con la misma planífera voz:—nunca creí que fuera usted tan malo como decían. En la cara conozco yo esas cosas. No me equivoqué nunca, y estoy casi segura de que le han calumniado, de que quieren agobiarle y confundirle con acusaciones impertinentes.

—¿Eso pensó usted de mí?

—Sí: segura estoy—contestó ella,—de que su corazón es bueno y recto; que si alguna falta ha cometido, fué por ligereza y falta de previsión. Creo también que no le aman a usted como se merece.

—Señora, ¿qué ha dicho usted?—preguntó el estudiante vivamente.—Eso me parte el corazón, porque es una verdad en que estaba yo pensando ahora.

—Sí: no le aman a usted como se merece—repitió Paulita.—Su tío es demasiado duro.»

Un observador despreocupado hubiera advertido que la santa se acercó unas pulgadas más a Lázaro, el cual, impresionado por la verdad que oyó de boca de aquel oráculo, estuvo a punto de abrazarla, y lo hubiera hecho a no impedírselo el respeto que la jerarquía y decoro evangélico de la teóloga le infundían.

«Su tío de usted, el señor don Elias—continuó la mujer mística,—observo que trata a su sobrino con demasiado rigor.

—Y otros también,—dijo Lázaro, volviendo el rostro.

—¿Y cómo quieren que sea buena una persona que no

es amada?—dijo con admirable misticismo la dama.—Cuando un ser recibe ingratitudes y desprecios, sus sentimientos se agrían, se esteriliza la fuente del bien y del amor que hay en todo pecho humano. Cuando un ser no es amado, ha de ser malo por precisión.

—¿Qué discreción, qué discreción, señora!—exclamó el joven con entusiasmo.—Ya fué usted mi consuelo otras veces. La consideraba a usted santa; pero ahora veo que su sabiduría iguala a su virtud, y a su lado me encuentro tan pequeño, que me da vergüenza.

—Sí: una persona a quien se trata con tanta dureza no puede ser buena—dijo Paula.—El amor hace prodigios; hace de los hombres incultos y malos, hombres mañosos y buenos; hace de los melancólicos y descreídos, seres felices, creyentes y cariñosos.

—¿Qué ciencia la de usted! Esa es la ciencia que sólo pertenece a la santidad. ¡Dichosa quien puede ver las miserias de la tierra desde tan grande altura, y puede juzgar serenamente de todo! Usted sí que conoce el mundo.

—No, Lázaro: yo no sé lo que es el mundo.

—¡Oh! Entouces es usted más feliz todavía.

—Yo—dijo la mujer perfecta, después de una pausa en que miró al cielo fijamente como quien lee alguna cosa,—yo pasé mi niñez en la austera casa de mis tíos, recibiendo de personas devotas la más ejemplar educación. Desde que tuve uso de razón aprendí a orar; mis primeras palabras fueron el rezo. Los primeros años de mi vida pasaron en un convento, donde me vi rodeada de Madres santas y cariñosas que me enseñaron el camino de la perfección. Mi juventud fué pasando de este modo en ocupaciones devotas. Hace quince años que estoy rezando sin cesar, y casi sin notararlo. He vivido en Dios desde la cuna: no sé lo que soy, no sé si he vivido.

—¡Dios mío, qué ángel es usted!—dijo Lázaro.—¿Qué perfección! Yo la admiro a usted y la venero, señora.

—No soy digna de veneración, sino de lástima,—contestó con mucha amargura.»

Y dió un suspiro profundísimo que parecía sacar al espacio los misterios encerrados en el *Sanctu sanctorum* de su pecho.

«¡Digna de lástima!—exclamó el aragonés sorprendido.—¿Pues qué puede usted apetecer? ¿Qué la preocupa? Algun escrúpulo de conciencia, el deseo de mayor perfección. Yo sí que soy desgraciado; yo, señora, no debiera estar en el mundo.

—¿Pero qué tiene usted?—preguntó Paula con mucho

interés.—Dígame usted todo. ¿No dice usted que le he consolado otras veces? Ahora le consolaré si me descubre una nueva desventura. Cuénteme usted.

—Mis desdichas no son para contadas. Además, usted es demasiado buena para oírlas. Se horrorizará usted y se turbará la paz serena de su espíritu.

—¡Oh! no: cuénteme usted. Tal vez alguna falta muy grave. No importa: cuéntemela usted, que yo se la perdono antes de saberla.

—Falta mía no es.

—¿Falta de otro? ¿A ver?—dijo la mística con ansiosa curiosidad.

—Deje usted para mí todas esas amarguras, señora. Eso es para mí; es un triste patrimonio, de que solo puede disfrutar mi corazón, hecho para eso.

—¿Qué es, Lázaro?... ¡Ah! Todo lo comprendo: su tío de usted es muy cruel. No le quiere á usted. Mas no hay que apurarse por eso, amigo mío. No todos le tratarán á usted con el mismo rigor. Alguien le amará.

—No, no me importa—manifestó Lázaro, cuyas penas se recrudecieron en aquel momento;—no me importa que me traten con desdén, que me aborrezcan todos, que me detesten. Yo no he nacido para otra cosa.

—Está usted muy agitado. ¿Y delante de mí se desespera usted de ese modo?—dijo la devota con suave acento de reprobación.

—Perdóneme usted, señora; no sé lo que digo. Usted es demasiado buena, y no comprende estas cosas. Usted no conoce el mundo. Usted no conoce cuánta iniquidad, cuánta perfidia, cuánto desengaño, cuánto cinismo hay en él. Usted no conoce más que lo bueno, no conoce más que á Dios.

—Esa desesperación que usted manifiesta, Lázaro, no es nada buena. Eso le llevará á usted al infortunio y á la muerte.

—Quiere usted, con su inmensa bondad, aplicarme á mí los consuelos de la religión: eso no es para mí, no lo merezco.

—Usted lo merece todo: consuelo, amistad, amor. Yo sé lo que merece, y, por lo tanto, lo tendrá. Sentimientos como los de usted no han de estar olvidados tanto tiempo.

—¡Bendita sea usted mil veces! Pero se equivoca, eso no es para mí.

—Usted merece amor y todo lo que el corazón puede dar. Usted se llama desventurado, y su agitación, Lázaro, no tiene fundamento alguno. Hay males peores, males

que nacen de repente en el corazón y crecen con tanta rapidez, que no dan esperanza de remedio. Todo lo que á la persona rodea entonces, todo lo que está dentro y fuera de sí, se vuelve en su daño. La vida es un peso insupportable: le molesta lo presente, le da hastío lo pasado y terror lo porvenir.»

La devota hablaba con voz muy baja, y con grave y tristísimo son. La noche había oscurecido, y los ojos de Paulita, que siempre en momentos dados habían tenido brillo extraordinario, resplandecían aquella noche como dos ascuas fosforescentes, cuya luz hacían más penetrante y siniestra la obscuridad de sus párpados, ennegrecidos por el insomnio, la fiebre y la excitación moral de que estaba poseída.

«¡Ay de aquéllos que no se han conocido, que se han engañado á sí mismos y han dejado torcerse á la naturaleza y falsificarse el carácter sin reparar en ello! Esos, cuando lo callado hable, cuando lo oculto salga, cuando lo disfrazado se descubra, serán víctimas de los más espantosos sufrimientos. Se sentirán nacer de nuevo en edad avanzada; notarán que han vivido muchos años sin sentido; notarán que el nuevo ser originado por una tardía transformación se desarrolla intolerante, orgulloso, pidiendo todo lo que le pertenece, lo que es suyo, lo que una vida ficticia y engañosa no le ha sabido dar; pidiendo sentimientos que el viejo ser, el ser inerte, indiferente y frío, no ha conocido. ¡Qué luchas tan terribles resultan de este despertar tardío! ¡Oh, esto es espantoso!»

Tenemos datos para creer que la devota no dijo esto con las mismas palabras empleadas en nuestro escrito. Pero si el lector lo encuentra inverosímil, si no le parece propio de la boca en que lo hemos puesto, considérelolo dicho por el autor, que es lo mismo. Ella dijo algo parecido á esto, siendo el mismo pensamiento, aunque distintas las frases.

Indudablemente estas confesiones de la devota son, como habrá el lector comprendido, bastante oscuras, y no dan todavía ninguna luz acerca de la crisis que indudablemente agitaba aquel purísimo y perfecto espíritu. Lo cierto es que una gran transformación se verificaba en su carácter. Lázaro, la verdad sea dicha, no entendió muy bien las solemnes y como sibílicas palabras que oyó de los trémulos labios de la santa; y él atribuyó la obscuridad de tal explicación á la influencia de las lecturas místicas en la manera de expresarse aquella señora y á los hábitos de un estilo más discreto que claro, como aconte-

Año 1878 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE QUERÉTARO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO HEYES"

ce generalmente en las personas absorbidas por la contemplación. Así es que se limitó á contestar:

«Si, señora: es espantoso.

—¿Qué terrible es el amor en sus exigencias!—dijo la santa,—sobre todo cuando se cree ofendido, cuando pide el pago de una gran deuda que con él se ha contraído, cuando no transige ni espera, sino que se presenta exigiéndolo todo de una vez.

—¿Si: qué terrible es esto!—contestó Lázaro.—¡Feliz es usted, que no lo conoce más que de oídas!

—¿De oídas?—dijo ella.—Si—añadió después de una breve pausa,—he oído lo que dicen los amantes; pero la mayor parte de ellos encuentran en los accidentes del mundo mil medios para poder conservar la vida en la lucha terrible. Sólo algunos, según dicen, por circunstancias especiales de carácter y posición, tienen el triste privilegio de morir irremisiblemente sin victoria y sin defensa.

—¡Oh, cómo lee en mi corazón!—pensó el estudiante muy conmovido, y sin comprender la profundidad psicológica de aquellas palabras, ni su aplicación y significado en aquel momento.

—Usted no comprende esas cosas, Lázaro.

—¿Que no?—dijo éste.—¿Que no? Desgraciadamente las comprendo. Para usted, sí; para usted, que es una criatura perfecta, una escogida de Dios, están veladas estas dolorosas miserias. Usted no ve estos horrores. ¡Dichosa ceguera la de aquéllos cuyos ojos cerró Dios al venir al mundo!

—Es verdad... no lo sé...—dijo Paula con una ironía tan marcada, que fué preciso todo el extravío de Lázaro para no notar lo.—No lo sé, no entiendo de eso. Soy una tonta devota.»

Estas últimas palabras, dichas con cierto despecho, fueron bastantes á fijar la atención del interlocutor. Este no contestó ni preguntó más sobre el asunto que trataban; acercóse á la dama, que se había apartado de él retrocediendo, y notó que lloraba. ¡Oh confusión de confusiones!

«Pero ¿qué tiene usted, señora?—le dijo.

—Nada, nada, nada,—contestó con una graduación descendente. El último *nada* sólo lo oyeron los labios con que fué pronunciado.

—¡Usted está enferma y ha salido usted de su cuarto á esta hora! Eso no es bueno, señora. Se va usted á poner peor.

—Es verdad, estoy enferma—dijo ella acercándose,—enferma para siempre!

—¡Enferma para siempre! Usted padece, y es, sin duda, por efecto de su excesiva devoción. Usted aspira al cielo: ¿á qué otra cosa podía aspirar un alma tan bella?

—Si—dijo Paula con voz muy triste:—no quiero más que reposar en paz.

—¡Qué bella es la muerte!—dijo Lázaro patéticamente:—sólo ella nos puede consolar. Por mi parte, señora, le digo á usted con franqueza que quisiera morir en estos momentos.

—¡Morir!—exclamó la devota con repentino arrebatado de interés, y acercándose más, mucho más al joven.—¡Morir, no! Usted debe vivir. Quién sabe lo que Dios le tiene á usted reservado en el mundo.

—¿A mí?

—Sí: tal vez días de felicidad al lado de personas que le amen. ¡Oh, cuánto seres existirán tal vez que se crean felices sólo con que usted lo sea! Yo sé que los habrá.

—¡Qué buena es usted, señora!—repitió Lázaro.—Para mí no puede haber nada de eso. O no merezco otra cosa, ó estoy maldito de Dios.

—¡Ay! no diga usted tales cosas,—exclamó ella, juntándose las manos.

—Perdóneme usted, señora: no sé lo que me digo. A pesar de todo, usted me consuela, y hallo en su presencia no sé qué grata expansión. No podré nunca olvidar que sólo usted se atrevió á defenderme cuando todos me acusaban.»

Al decir esto, Lázaro no pudo menos de advertir que la santa dejó caer pesadamente los brazos, y miró al cielo. Su rostro, de color suavemente moreno y sin ningún matiz rojo en las mejillas, estaba en aquellos momentos pálido y sombreado por la proyección de sus cabellos, cuya magaitud, belleza y negrura no era comparable sino á la intensidad tenebrosa de sus ojos negros, que, después de la metamorfosis, habían adquirido una expresión desconocida. No sabemos si fué efecto de la casualidad ó si lo hizo de intento; pero es lo cierto que, contra su costumbre, tenía simplemente la cabeza cubierta con un pañuelo, y que durante el diálogo sus magníficos cabellos, tesoro disimulado por el misticismo, se desataron y cayeron gradualmente por la espalda. Nunca había visto Lázaro una cabellera igual: parecía en la obscuridad de la noche una toca negra que descendía hasta la cintura. Mientras hablaba, la santa solía apartarse á un lado y

otro de la frente las dos ramas principales de aquel encanto, que nació en aquella noche en el calor de una confianza apenas intentada. Lázaro, que observó largo rato á la dama, notó que lloraba, y que, apartándose de él lentamente, se apoyó en la pared con muestras de gran prostración y abatimiento.

«Pero usted llora—dijo, arrepentido de haber hablado tanto y deteniéndola;—usted está muy agobiada. ¿Por qué no ha reposado usted?»

—Yo no puedo reposar, yo no puedo dormir,—murmuró la devota con voz más bronca y grave que de ordinario.

—¿Por qué salió usted á estas horas estando así?»

—Me ahogaba, y he tenido que salir á respirar el aire.

—Pero usted llora. Por Dios, ¿qué tiene usted?»

La enferma no contestó.

«¿Está usted muy enferma, muy enferma?—continuó Lázaro.

—Sí,—dijo ella de un modo imperceptible.

—¿Hace mucho?»

—Hace poco.

—Señora, retírese usted, yo se lo suplico. Sus manos parecen de fuego, su frente quema.»

Lázaro le tomó las manos, y notó en ellas un calor excesivo; se atrevió á ponerle la mano en la frente, y creyó tocar un cuerpo inflamado. Al mismo tiempo la santa temblaba, como si su cuerpo recibiera la impresión del hielo.

«Usted tiene frío, tiene convulsiones—dijo;—retírese usted.»

Ella continuaba en la misma actitud; cerró los ojos como quien siente un pesado sueño, ó inclinó la cabeza, buscando apoyo. Lázaro tuvo miedo; estuvo por llamar; la asió por un brazo, y dispuesto á hacerla retirar, le dijo:

«Vamos, señora, es muy tarde. Usted no se encuentra bien aquí. Vamos, ¿quiere usted que se llame á algún médico?»

—No—dijo ella, abriendo los ojos y mirándole con cierta ironía.—No: ¿para qué un médico?»

—Su salud es muy preciosa—dijo Lázaro, por cuya cabeza pasó rápidamente una sospecha.—Conservela usted bien; será siempre mi mayor alegría saber que usted está buena y disfrutando de la salud necesaria para hacer el bien. No me voy de aquí sin la seguridad de que queda usted enteramente buena.

—¡Marcharse usted!—exclamó ella con un repentino movimiento que la animó.

—Sí, marcharme.

—¡Usted se va!—continuó con otro movimiento que tenía algo de salto y poniendo siniestro brillo en sus ojos.

—Sí, naturalmente.»

Al oír esto, la devota, con instantánea fuerza, le asió con su mano convulsa el brazo, y estrechándole violentamente, dijo:

«No, ¡no se irá usted!»

En el mismo momento en que esto decía, se sintió que abrían la puerta de la calle. Era Elias que entraba; se le sentía subir. Venía alumbrado por una linterna, y como de costumbre, hablando solo.

«Retírese usted,—dijo con viveza la mística.

—¿Y usted se queda aquí?»

—Retírese usted á su cuarto. Que no le vea levantado. Echese usted en la cama. Finja que duerme.

—¿Pero usted?...

—Vamos. Entre usted en su cuarto. Que ya llega... Pronto.»

Lázaro se retiró, empujado por ella precipitadamente. Entró corriendo en su cuarto antes que Coletilla llegara, y arrojándose en el lecho, fingió que dormía. El fanático entró poco después y se acostó murmurando. Cuando apagó la luz, Lázaro se incorporó en su lecho con mucha cautela, y asomándose por una ventana que daba al corredor, miró hacia afuera. Aún estaba allí la dama con el rostro vuelto hacia la ventana. Lázaro se volvió á acostar, y pasado un cuarto de hora en que caviló cuanto puede cavilar cabeza humana, se asomó de nuevo y vió la misma figura blanca, inmóvil en el mismo sitio y con los dos terribles ojos negros fijos en la ventana. Aquello le acabó de confundir. Pasó mucho tiempo mirando cada cinco minutos, y siempre veía la misma figura, hasta que al fin ya no miró más porque le daba miedo.

CAPÍTULO XXXI

La reunión misteriosa.

Al anochecer del siguiente día salió Lázaro de su casa. Había pasado toda la mañana averiguando dónde vivía Bozmediano, y en las pocas horas que permaneció en la casa de las tres nobilísimas damas, oyó decir que doña Paulita estaba muy mala, y que Clara no estaba buena. Salomé se le presentó varias veces, más impertinente que de costumbre, para recordarle que la tarde anterior no había saludado a Entrambasaguas; y María de la Paz Jesús hizo todo lo posible por encontrar pretextos para reprehenderle, lo que su admirable instinto de inquisidora lo-gró repetidas veces.

Lázaro salió, y ya entrada la noche penetraba en los solitarios barrios de la Flor Baja, donde está la habitación de los Bozmedianos.

Entró en el portal y preguntó por don Claudio. El portero, que era hombre de mal genio con los humildes, le contestó con muy desagradable talante que no estaba.

Lázaro se quedó parado un buen rato, mirando al portero, como si le pareciera inverosímil la declaración de aquella sibila con gabán galonado. Esta creyó que no le había dicho bastante claro, y repitió: «No está.»

Pero el joven tenía mucho interés en ver á Bozmediano aquella noche; así es que no se dió por satisfecho y preguntó:

«¿Cuándo vendrá?»

El otro creyó que esta pregunta, hecha por un joven que no parecía ser de la primera nobleza, que no había venido en coche, que no era militar ni tenía botas á la *farolé*, era una pregunta muy inconveniente y falta de sentido común. Se sonrió con aire de superioridad, y metiéndose las manos en los bolsillos, dijo:

«¿Cómo quiere usted que sepa yo cuándo viene? Vendrá... cuando venga.»

—Es que tengo precisión de verle esta misma noche.
¿A qué hora suele venir?

—No tiene hora fija,—dijo el portero volviendo la espalda y dirigiéndose á la portería.»

Después volvió y dijo:

«Si usted quiere dejarle algún recado...»

—No—replicó Lázaro;—necesito verle yo mismo.

—Pues mañana temprano...—dijo el criado en un tono que era fácil de traducir por «váyase usted.»

Lázaro comprendió que era imposible sacar más partido de aquel cancerbero, y salió; pero tenía vivos deseos de ver á Bozmediano aquella misma noche. Páreciale que cada hora que pasaba después del fatal momento en que le vió desaparecer por la buhardilla, añadía nueva intensidad á su agravio. Para él era Bozmediano entonces el ser más odioso y repugnante que había nacido. Créate inspirado tan sólo por las ideas más bajas y groseras, y veía en él un cobarde seductor incapaz de nada generoso ni bueno. Se contemplaba como superior, muy superior á aquel hombre insidioso, y creía que sólo con verle el criminal conocería toda su bajeza. A veces le daban arrebatos de súbita cólera, tan fuerte y violenta, que á tener al militar ante sí, se lanzaría sobre él dispuesto á arrancarle por cualquier medio la vida. Con estos sentimientos, el estudiante decidió no apartarse de la casa para esperar á que entrara, si estaba fuera, ó cogerle al salir, si estaba dentro. Pasó á la acera de enfrente y empezó á pasearse, resuelto á no abandonar su puesto en toda la noche, esperando con la inquebrantable paciencia que da el deseo de venganza.

Las diez serían cuando Lázaro vió que salían de la casa tres personas. Acercóse con disimulo, y vió que una de ellas era Claudio. Apoyado en su brazo, y andando con lentitud, iba un auciano, que juzgó sería su padre. La otra persona era un militar; los tres hablaban con calor. Lázaro les siguió á alguna distancia, comprendiendo que no era aquella la mejor ocasión para hablar á Bozmediano; pero se decidió á seguirles hasta ver dónde paraban. Anduvieron varias calles, y al fin llegaron á la plazuela de Aflijidos; se detuvieron ante una puerta enorme, de las que en aquel antiquísimo sitio dan entrada á las vetustas casas del siglo xvii, y Bozmediano, el joven, tocó. No tardaron en abrirles, y entraron. Lázaro, que les observaba desde lejos, notó que parecían recatarse, procurando no ser vistos. El militar entró el último, después de mirar á todos los rincones de la plazuela. Bien pronto se vió luz en una de las ventanas de la casa; pero una mano cerró las maderas y no se vió más claridad.

Sin saber por qué, la imaginación del estudiante no pudo menos de atribuir á la entrada de aquellas personas en tal casa cierto misterio: se acercó, miró el número, y cuando se alejaba, dispuesto ya á retirarse, vió que venían otras dos personas embozadas hasta los ojos. Pasó junto á ellas Lázaro, fingiendo que seguía su camino, y refugiándose tras la esquina de la calle de las Negras, observó que tocaron, que les abrieron sin tardanza, y que entraron. Tal vez será casualidad—pensó el joven;—pero algo tiene de extraño la reunión de aquellas personas en el mismo sitio.

No pasaron diez minutos, cuando Lázaro vió aparecer, viniendo del portillo de San Bernardino, á otros tres personajes, igualmente embozados; observó que se detenían para ver si les miraban, y por último, después de tocar, entraron en la casa. «Ya van ocho.» dijo para sí, y esperó á ver si venía otra remesa.

Poco después uno solo, que desembocó por la calle de Osuna y marchando muy á prisa. Detrás de éste aparecieron dos, que no necesitaron tocar, y, por último, llegaron uno tras otro cinco más, que entraron sucesivamente y separados.

«Sin duda hay aquí algo—dijo Lázaro.—Han entrado diez y seis. Es un club secreto, una conspiración, tal vez una logia de masones.» A las once se retiró viendo que hacia una hora que no entraba nadie; pero se retiró resuelto á volver la noche siguiente para observar si aquello se repetía. Era evidente para él que allí se verificaba una reunión de personas graves, sin duda con algún fin político. Odiaba de muerte á Bozmediano, y este sentimiento le llevó á sentar el principio de que lo que allí se trataba no podía ser cosa buena.

Retiróse á la calle de Válgame Dios, muy pesaroso por no haber podido tener con su enemigo la terrible entrevista que él se había imaginado.

No es descriptible la ira que de María de la Paz se había apoderado con motivo de la tardanza del joven. Baste decir, para dar una idea de la irascibilidad de la dama á quien los poetas del tiempo de Cadalso compararon con Juno, que se levantó, no diremos que en paños menores, pero sí menos pomposamente vestida, cubierta y ataviada que de ordinario, para decir al caballero que si se figuraba que aquella casa era suya (de él), y que si tenía propósito de pasar la noche, mientras ella viviera, en los clubs y en los garitos de Madrid. Añadió que estaba cerciorada de que su conducta (la de Lázaro) no cambiaría

nunca, y que era preciso desistir del empeño de hacer entrar un rayo de luz en tan oscura y desorganizada cabeza. Dijo asimismo que sólo á un exceso de su caritativa bondad (de ella), debía (él) el gran favor de ser admitido en aquella santa casa, aunque presagiaba que no estaría mucho tiempo más en ella á causa de sus maldades y abominables calaveradas... que deshonoraban aquella santa casa. Y siempre con la santa casa. Así se lo dijo, y siempre con voz muy alta. El joven le contestó muy quedo:

«Señora, he tenido que hacer...»

Pero ella no le dejó concluir, y dando gritos exclamó: «No aice usted la voz, caballero. ¿A qué grita usted de ese modo? Está mi sobrina muy mala, y viene usted á incomodarla. Si no ha venido aquí más que para incomodar...»

—¿Que está muy mala doña Paulita?—dijo en voz casi imperceptible el muchacho.

—Sí, señor; y usted, con esas voces, no la deja reposar.

—Pero si yo no he alzado la voz...

—Calle usted, señor don Lázaro, calle usted, y no me desmienta.»

En esta disputa estaban cuando Salomé apareció, diciendo:

«¡Por Dios, que está Paula con el recargo, y con este ruido se va á agravar!»

—Este caballero da unos gritos...—dijo Paz, alzando mucho la voz.—¿Ves? Ha venido á las doce. ¿Qué te parece, Salomé? Habrá estado en algún club de gente perdida. ¡Bonita alhaja hemos metido en casa! ¿Y dice usted, caballero, que ha tenido que hacer?»

—Sí, señora: he tenido cierto negocio,—contestó Lázaro un poco amostazado con las impertinencias de las dos viejas...

—¡Buenos negocios serán esos!—indicó Salomé.—Pero á ver si baja la voz, que mi prima no puede sufrir esos gritos. Apenas entró usted... yo no sé cómo pudo sentirle. Lo cierto es que le sintió entrar, le conoció en los pasos, despertó con mucho sobresalto, y cuando escuchó su voz se incorporó en el lecho con mucha agitación, manifestando que le molestaba mucho su voz. Con que calle usted, y procure no hacer ruido con esos taconazos... Vamos, ya puede usted retirarse...

—Señoras, buenas noches.»

Aún no había dado un paso, cuando Clara apareció muy alterada, diciendo:

«Señoras, vengan ustedes, que se quiere salir de la cama... No la puedo sujetar. En cuanto sintió esta conversación, se levantó muy á prisa, diciendo que venía acá.

—¡Ah! Vamos á ver,—dijo Paz, entrando en la habitación.

—Empieza á delirar,—dijo Salomé, entrando también con Clara.»

Lázaro subió pensando en aquel nuevo misterio de la mujer santa.

CAPÍTULO XXXII

La Fontanilla.

No encontró á su tío, que aquel día no había parecido por la casa. Si hemos de verle nosotros, tenemos que dirigirnos al naciente club de *La Fontanilla*, donde el buen realista conversaba muy calurosamente con el Doctrino y con el otro joven llamado Aldama, de quien ya tenemos noticia.

Indiquemos la variación que había ocurrido en aquella casa. El poeta había volado. Por fin consiguió Carrascosa el objeto de sus afanes; la vizcaína se decidió á echar al poeta con todo su bagaje de Gracos, musas y ninfas clásicas. Pudo mucho en la conciencia de la jamona la opinión del vecindario, que se mostraba cada vez más explícito en cuanto á las supuestas relaciones entre la semidiosa y su cantor. Conjeturas podrían hacerse sobre la desaparición del joven, y hay indicios para creer que pocas horas antes de la partida estuvo la patrona hablando muy por lo bajo con su huésped.

Ausente el poeta y desocupado el parnasillo, don Gil trajo de la calle de las Urosas el baúl, que contenía sus tres casacas, su peluca del tiempo de Esquilache, sus cuatro camisas con chorrera, su capa y su espada enmohecida; y se instaló donde había estado el autor de *Los Gracos*. Colgó en la pared un cuadro de familia que representaba las postrimerias del hombre en diabólicas y extravagantes alegorías, y allí quedó, huésped de su adorada. Creemos oportuno advertir que la causa de la afición

de don Gil á la vizcaína era que él tenía conocimiento, por papeles que tuvo ocasión de ver mientras fué covachuelista, de un derecho á ciertas tierras y casas de labor en Onate, el cual había recaído en aquella doña Leoncía sin que ella misma lo supiera. El abate pensaba realizar un buen negocio, ya haciéndose por cualquier medio poseedor del derecho, ya pleiteando por cuenta de ella, con esperanza de sacar un buen bocado. Su hambre era tanta como su ingenio, razón por la cual había probabilidad de que saliera adelante con su empresa. Dejémosle allá dedicado á la ardua tarea de conquistar á la semidiosa, y asistamos á la sesión de *La Fontanilla*.

El Doctrino decía á Coletilla:

«Mucho me temo que eso no salga bien: yo cuento con gente decidida; pero el golpe es demasiado terrible, amigo don Elías, y temo que se alborote la opinión pública.

—Si ya la opinión pública se ha presentado contra ellos; si les señala con execración—observó Elías con mucha vehemencia.—Parece que no conoce usted al pueblo. ¿No ve usted cómo están *La Fontana*, *Lorencini*, *La Cruz de Malta* y *Los Comuneros*? ¿No ve usted cómo los liberales exaltados truenan contra los que llaman tibios, es decir, contra los que apoyan al Gobierno y forman la mayoría llamada *sensata* en las Cortes? Pues bien: el pueblo está furioso contra esos tibios; ya usted sabe cómo se ha logrado encender esa ira. El pueblo está pidiendo su destrucción, porque cree que es el mejor medio de conseguir la libertad. Cumplamos la voluntad del pueblo.»

Indescriptibles son el sarcasmo y la diabólica malicia con que Coletilla pronunciaba estas palabras. Ya comprenderá el lector la marcha que llevaban los planes de aquel viejo demonio del absolutismo. El caminaba seguro hacia su fin: la paciencia, la constancia, la reflexión madura, la astuta discreción le guiaba; era hombre hábil y con facultad portentosa para idear y poner en práctica proyectos como el que le vemos desarrollar ahora.

«Bien—contestó el Doctrino.—yo convego en que es preciso hacer eso que usted dice, y ver el modo de que el pueblo bajo satisfaga su sangriento deseo. El no sabe lo que quiere ni por qué le quiere. Ha adquirido por distintos medios esas ideas, y es preciso llevarle á su realización. Pero me parece que aun no es tiempo, señor don Elías. Los hombres señalados para víctimas conservan aun mucho prestigio. El pueblo no les quiere, es cierto; porque al pueblo se le ha extraviado y se le ha engañado;